

VISITA A LAS CORTES DE S. E.
EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
DE CHILE DON PATRICIO AYLWIN

VISITA A LAS CORTES DE S. E.
EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA
DE CHILE DON PATRICIO AYLWIN

EL MIERCOLES, 10 DE ABRIL DE 1991

© Publicaciones del Congreso de los Diputados
Secretaría General. Servicio de Publicaciones
Visita. Núm. 3
Imprime: Rivadeneyra, S. A.
Cuesta de San Vicente, 28
28008 Madrid

La visita al Congreso de los Diputados de S. E. el Presidente de la República de Chile, Don Patricio Aylwin, se produjo el día 10 de abril de 1991, entre las once y las doce horas. Su intervención tuvo lugar en el Hemiciclo, ante los Plenos del Congreso de los Diputados y del Senado reunidos conjuntamente.

El señor **PRESIDENTE DEL CONGRESO DE LOS DIPUTADOS** (Pons Irazazábal): Señor Presidente, es para mí un honor y una satisfacción tener la oportunidad de dirigirle estas palabras de bienvenida en nombre de las dos Cámaras de las Cortes Generales, reunidas con motivo de su presencia, que reviste para nosotros una importancia singularísima envuelta en emoción que desearía acertar a transmitirle.

Usando las palabras que un día Pablo Neruda empleó para España, puedo decirle, señor Presidente, que toda una generación de demócratas españoles ha llevado a Chile en el corazón. En efecto, la feliz culminación en España del proceso de transición democrática coincidió en el tiempo con uno de los escasos períodos históricos de ruptura de la tradición cívica y constitucional de Chile. Hubo que esperar a su toma de posesión como Presidente de la República de Chile para

que nuestros mandatarios y nuestras instituciones representativas pudieran encontrarse para dialogar con el lenguaje común de la libertad.

«Idealismo y realismo: como agua y piedra, las dos partes del mundo». Como en los versos del poeta chileno, la transición de su país hacia la democracia ha sido conducida con una sabia mezcla de audacia y de prudencia, de pragmatismo y de moderación, pero siempre sin perder de vista el objetivo final: crear un Estado de Derecho en el que no puede existir más fuente legítima de poder que la voluntad popular.

Frente a los extremismos, frente a la cultura de la violencia, frente al peligro de polarización que puede hacer germinar las semillas de la discordia civil, usted, señor Presidente, ha insistido en una cultura de la reconciliación. Las necesidades de la concordia nacional, asumidas mediante un amplio consenso por las fuerzas políticas democráticas, han permitido a Chile avanzar en un delicado equilibrio hacia la plena legitimidad de sus instituciones civiles. Creo poder decir que los españoles tenemos razones históricas para comprender bien este proceso. En la medida en que nuestra propia experiencia pueda serle útil, no ha de faltarle, señor Presidente, toda nuestra colaboración y nuestro apoyo solidario.

Señor Presidente, la piedra clave del edificio democrático, el mínimo ético para cuya protección se organizan en democracia los poderes del Estado, es el respeto a los derechos humanos y a las libertades fundamentales de los ciudadanos. En su dolorosa asunción de la trágica experiencia histórica de los años recientes, la democracia chilena ha comprendido que no puede existir la reconciliación sin la verdad.

El Informe Rettig, elaborado por la Comisión Verdad y Reconciliación, tiene en este sentido una importancia fundamental, y no ya como una simple fijación en el pasado, que sería estéril, sino como un acto de afirmación frente al futuro. Pensamos que la recuperación de la memoria histórica no se alimenta ni del revanchismo ni del victimismo. Es, por el contrario, una exigencia surgida de manera natural del deseo de crear las condiciones para un reencuentro de todos los ciudadanos en la paz social, la solidaridad, la justicia y la dignidad nacionales.

Señor Presidente, la democracia, que usted representa en Chile como primer mandatario de la República, no es solamente el resultado de un imperativo ético. En los umbrales del siglo XXI, la democracia se confirma también como el sistema más adecuado para la promoción del desarrollo económico y social. Sin embargo, no puede considerarse realizado un objetivo de crecimiento económico que no conlleve una satisfacción progresiva de las necesidades de los sectores mayoritarios de la población, en especial de aquellos más necesitados. Sabemos que atender a la deuda social adquirida ante estos sectores es el objetivo fundamental de su Gobierno y estamos seguros de que dicho objetivo ha de ser compatible con los de estabilidad y crecimiento económico, que son también prioritarios.

Señor Presidente, el regreso de Chile a la comunidad de los pueblos libres, su afirmación de los derechos humanos como valor universal, suponen en su proyección exterior una recuperación de la imagen y la dignidad internacional de su país. Las oportunidades de cooperación que así se abren son muy esperanzadoras.

Los problemas que condicionan el futuro desarrollo del área iberoamericana afectan con menor gravedad a la economía chilena. Las nuevas perspectivas de liberalización e integración económica que se abren en el área, deben ser alentadas como base indispensable de un nuevo proyecto de desarrollo. Sin embargo, somos conscientes de que para dicho proyecto es fundamental el modo de relación que se establezca con el mundo industrializado. Es necesaria una mayor sensibilidad por parte de los países más desarrollados hacia el problema de la deuda externa y el acceso por parte de los países deudores a los mercados financieros internacionales. La apertura del comercio internacional a los productos procedentes de la zona es una base fundamental para su reactivación económica. Sólo sobre estos supuestos puede la cooperación rendir todos sus frutos y servir a los intereses que, en un mundo cada vez más interdependiente, nos son comunes. La política económica de su Gobierno, abierta a las realidades de la escena internacional, pero a la vez coherente con los intereses de Chile, puede convertir a su país en la avanzada del desarrollo en Iberoamérica.

España, desde su doble condición europea e iberoamericana, se ha comprometido a alentar este proceso. Desde nuestra adhesión a la Comunidad Europea hemos defendido la necesidad de intensificar al máximo las relaciones con Iberoamérica y continuaremos haciéndolo en el futuro. Las relaciones bilaterales entre nuestros dos países viven uno de los mejores momentos de su historia.

Las celebraciones de 1992 encontrarán a Chile y a España más cercanos que nunca en torno a la idea de la Comunidad Iberoamericana

de Naciones. El Encuentro de Mandatarios que tendrá lugar en España en 1992 servirá para dejar constancia ante nuestra propia comunidad y ante el mundo del modo en que concebimos nuestra unidad. Las cumbres que se celebrarán en México y en Brasil el presente año y en 1993 demuestran la continuidad de este proyecto y su asunción por los Gobiernos y los Jefes de Estado de todos los países del área.

Señor Presidente, los sentimientos de fraternidad que unen a nuestros pueblos se basan en razones históricas y culturales que forman parte consustancial de nuestra personalidad. Las trágicas experiencias históricas vividas en paralelo en años recientes no han hecho sino consolidar estos vínculos.

El Chile libre acogió hace más de medio siglo a los españoles que tuvieron que pasar la amarga prueba de buscar un hogar fuera de su propio hogar. Años más tarde, numerosos chilenos fugitivos de la dictadura llegaron a España y recorrieron con nosotros el tramo gozoso del reencuentro con la libertad y la democracia.

Estos dos exilios han marcado una huella profunda en el afecto recíproco de nuestros pueblos. Pero yo hoy aquí, al evocarlos, quisiera conjurar solemnemente sus causas para siempre y aprovechar su presencia para hacer votos por un futuro en el que los encuentros de España y de Chile, de los chilenos y de los españoles, se produzcan siempre en la madurez de la dignidad, en la libertad estable, para colaborar en todos los campos de progreso para nuestras gentes, en todas las empresas de progreso de la humanidad.

Estamos seguros, señor Presidente, de que su visita simboliza el final de una etapa histórica en Chile y en España, y posiblemente también marca el fin de toda una época difícil para las libertades en el continente iberoamericano. Pero no simboliza sólo el final de una época. Venturosamente significa, sobre todo, el inicio esperanzado de un nuevo tiempo asentado firmemente sobre una voluntad que se ha impuesto a todo y que es y será nuestra máxima garantía: la decisión de ser libres.

Muchas gracias. **(Fuertes y prolongados aplausos.)**

El señor **PRESIDENTE DE LA REPUBLICA DE CHILE** (Patri-
cio Aylwin): Señor Presidente, señores parlamentarios, permitidme em-
pezar diciendo que las palabras del señor Presidente llegan muy hondo
al Presidente democráticamente elegido por el pueblo de Chile, por-
que revelan una comprensión muy profunda de la etapa que estamos
viviendo en mi país.

Me siento especialmente honrado de estar en el seno de estas Cor-
tes. También fui parlamentario por largos años y tuve el alto honor
de presidir el Senado de Chile. El Parlamento es el espejo de toda la
nación, el órgano de expresión natural e institucional de las distintas
corrientes, aspiraciones y necesidades de un pueblo. Es aquí donde la
patria, en su diversidad, construye su unidad.

El respeto a la dignidad humana, fundamento de toda democracia, exige que todas las tendencias y pensamientos tengan la posibilidad de participar, las mayorías gobernando y las minorías ejerciendo el derecho a plantear sus críticas y propuestas para la construcción de un destino común.

Estas Cortes de España tienen, además, una significación especial para los americanos. Fue en las Cortes de Cádiz donde hicimos nuestros primeros ensayos de participación en libertad. Hace un instante el señor Presidente me mostraba la firma de dos Diputados de Chile en esas Cortes. Fueron precisamente los principios de la Constitución de 1812, allí proclamada, los que inspiraron a tantos de nuestros padres fundadores al constituir las nuevas repúblicas. Por paradoja que parezca, aquella España que abandonábamos para conquistar nuestra soberanía nos había mostrado, en sus Cortes, valores esenciales para inspirar nuestra historia.

En los últimos años, las Cortes de esta nación han sido un ejemplo señero para quienes hemos debido enfrentar la experiencia de transitar de un gobierno autoritario a un gobierno democrático. El rol de este foro fue sin duda decisivo en el éxito de la estrategia seguida en España para construir en democracia sin quiebres ni confrontaciones odiosas, buscando el camino de los consensos y de la concordia. Aquí se expresó el anhelo profundo de un pueblo que consolidó una democracia moderna y en paz, privilegiando los acuerdos por sobre las diferencias y restañando con sabiduría las heridas del pasado. Este testimonio ha tenido un enorme valor ejemplarizador para los chilenos.

Nuestro país ha vivido un proceso similar para retomar su interrumpida tradición democrática, que en otro tiempo fuera motivo de orgullo nacional. La lógica de la guerra, que dividió a Chile por tantos años entre amigos y enemigos, ha sido derrotada por la vocación de un pueblo que, inspirado en su tradición, aprendió en el dolor a reconocer como familia nacional de compatriotas, más allá de las legítimas diferencias, y que está enfrentando las secuelas de sus pasadas divisiones, guiado por una firme voluntad de reconciliación.

Durante los años del autoritarismo, el pueblo chileno luchó tenazmente en defensa de sus libertades, chocando frente a un muro que parecía imbatible.

Entonces, la movilización social fue cediendo espacio a la idea de que podíamos reconstruir la democracia por los propios cauces que el autoritarismo había establecido para su permanencia.

La experiencia española nos confirmaba que por esa senda podíamos tener éxito, sin los costos de muerte y destrucción que los derrumbes de las dictaduras suelen traer consigo. El sufrimiento de largos años nos llevó a comprender, a quienes habíamos sido adversarios hasta hace poco, la necesidad de aunar esfuerzos en torno a los valores fundamentales que conforman el espíritu y la esencia de la democracia.

Ha transcurrido poco más de un año desde que asumiera el gobierno democrático y hemos restablecido un clima civilizado en nuestra convivencia. Al asumir la Presidencia de la República expresé que mi mayor esfuerzo como gobernante estaría encaminado a lograr una efec-

tiva unidad nacional. Para eso deberíamos procurar reconciliarnos sobre la base de la verdad y de la justicia, buscando cerrar la herida abierta en el alma nacional por las violaciones a los derechos humanos cometidas en años anteriores.

El fundamento de toda convivencia es la verdad. Donde la verdad no es respetada, se quiebra la confianza, surgen las dudas, las descalificaciones y, por consiguiente, los odios y la tentación de la violencia. La mentira es la antesala de la violencia e incompatible con la paz. Por eso constituimos la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación, integrada por personas de reconocido prestigio nacional, para que investigara y emitiera un informe sobre el tema. Su resultado ha conmovido la conciencia moral de la nación. En pocas ocasiones nuestro pueblo ha vivido un momento de tanto contenido ético como el que hemos enfrentado en días recientes, abriéndose la oportunidad de asumir esa dolorosa verdad para asumir con ella el pasado, en aras de un futuro en que nunca más vuelvan a repetirse hechos como los que tanto daño causaron a nuestra patria. La reconciliación, sin embargo, no se logra por decreto. Falta aún camino por andar. Es tarea de todos construir el porvenir de justicia y de paz a que aspira el pueblo de Chile.

Sus señorías conocen bien las dificultades y desafíos de la recuperación de la democracia y su consolidación porque la vivieron. Estoy cierto que quienes han construido la Europa contemporánea, quienes traspasaron las enormes tormentas causadas por regímenes que negaron la libertad y los derechos de las personas, superando la destrucción y el dolor de la guerra, comprenden bien el proceso de una nación como la nuestra.

Sabemos también que millones de europeos tomaron en sus manos y en sus corazones la causa de la democracia chilena. Los chilenos valoramos profundamente esa solidaridad que nació de la adhesión a nobles ideales comunes. Por ello, en nombre de mis compatriotas, y en especial de aquellos que encontraron en suelo español una segunda patria, agradezco en esta ocasión solemne todo el apoyo recibido durante los años difíciles.

Pero la recuperación de la democracia para los chilenos no sólo significa restaurar la convivencia y volver a la normalidad institucional. Significa, desde luego, erradicar la amenaza terrorista de quienes obstaculizan el proceso democrático mediante crímenes que merecen general condena. Significa también hacer realidad un futuro y un sueño común: hacer de Chile una nación desarrollada que acoja a todos sus habitantes y les brinde a todos las posibilidades de una vida mejor.

En esta tarea, más allá de nuestras diferencias, estamos comprometidos todos los chilenos. Por eso estamos dando un decidido impulso al crecimiento económico del país y buscando, al mismo tiempo, la justicia social indispensable para que todos participen no sólo en el esfuerzo, sino también en los frutos del desarrollo, y de este modo derrotemos la pobreza y hagamos de nuestra patria un hogar próspero, justo y solidario.

Empresarios y trabajadores están concurriendo, con gran madurez, a la tarea común de lograr una economía sana, reducir la inflación y establecer reglas claras y equitativas en nuestras relaciones en el marco de una economía abierta.

Sabemos que el crecimiento económico depende en gran medida de la creatividad, la disciplina y la capacidad de innovar de las personas. Este es el camino que Chile está recorriendo con éxito y en el que estamos dispuestos a profundizar. Pero en un mundo interconectado como el nuestro ello no es suficiente. Nuestras exportaciones encuentran importantes trabas en los mercados del mundo desarrollado y nuestra vocación exportadora choca con las burocracias que intentan ganar mercados por decreto. Por eso requerimos que el compromiso de las naciones industrializadas con la libertad de comercio abandone la retórica para concretarse en una genuina apertura de los mercados.

España ocupa un lugar principal en el proceso de diversificación de nuestros vínculos externos, sustentado en los objetivos económicos del Tratado de Cooperación y de Amistad que hemos firmado y que ayer fue ratificado por vuestro Senado. En él están contenidos todos los elementos para la cooperación entre nuestros países. Significa aumentar los flujos de inversión, buscar las formas más adecuadas para utilizar créditos en proyectos públicos y privados, como asimismo diseñar programas de desarrollo social, científicos, tecnológicos, educativos y culturales que sean prioritarios para ambos países. Los resultados promisorios que hemos alcanzado en el plano bilateral nos convocan a nuevos horizontes que, frente a la inminencia de 1992, debemos diseñar para el futuro.

Quisiera expresar también que nuestra concepción del desarrollo nos exige asumir con firme decisión los resguardos indispensables para que los beneficios de hoy no sean el desastre para las generaciones del mañana. Queremos y buscamos un desarrollo sin daños ecológicos, que

preserve la calidad de la vida humana y la subsistencia de nuestros recursos naturales, que descontamine nuestro aire y nuestras aguas. Este es, sin duda, otro campo de posibilidades conjuntas.

Señores parlamentarios, no deja de ser sorprendente el paralelo de nuestras vicisitudes. Como si fuese obra de un designio misterioso de la historia, nuestros pueblos se han acompañado lejanamente en el dolor común de la división fratricida, en la acogida de quienes debieron buscar refugio y, finalmente, en la difícil pero hermosa tarea de construir la paz, la democracia y el progreso en nuestras naciones. Esta es la empresa que convoca a nuestros pueblos y a los hombres y mujeres de buena voluntad, más allá de nuestras fronteras, para hacer de nuestro mundo un lugar que acoja amablemente a todos sus habitantes. Estas Cortes dan testimonio de ello.

La gentileza con que habéis acogido al Presidente de Chile, representante de su pueblo, y el ambiente de hermandad que aquí he sentido fortalecen mi fe en el porvenir de nuestras naciones, unidas en la común tarea de progreso humano e inspiradas en los mismos ideales de libertad, justicia y paz.

Muchas gracias. **(Fuertes y prolongados aplausos de los señores Diputados y Senadores puestos en pie.)**